

LA PUGNA POR UNA ALIMENTACIÓN SANA Y SOSTENIBLE

To push for a healthy and sustainable food regime

A luta por uma alimentação saudável e sustentável

Andrea Cortés Islas¹

Recibido: 28 de agosto de 2020.

Corregido: 1 de septiembre de 2021.

Aprobado: 8 de septiembre de 2021.

Resumen

Alrededor de los alimentos existen una serie de relaciones sociales, culturales, económicas y ecológicas mediadas por la organización capitalista, y materializadas en la producción industrial de la agricultura. Esto ha tenido como consecuencia diversas problemáticas socio ecológicas, como el desarrollo de virus y bacterias cada vez más extraños y difíciles de controlar, tal es el caso del SARS-COV-2 causante de la pandemia de COVID-19 que ha asolado al mundo; y una salud marcada por una variedad de enfermedades y trastornos relacionados con la mala calidad de los alimentos. En este texto explicaré brevemente, cómo los alimentos han estado organizados por un sistema ecosocialmente devastador, cuyas repercusiones sobre los cuerpos y territorios han recrudecido los efectos del coronavirus. Pero también mostraré la existencia de otro tipo de relaciones en torno a éstos, cuyo objetivo es la emancipación, mediante la pugna por una alimentación sana y sostenible.

Palabras clave: Capitalismo; pandemia; coronavirus; Régimen Alimentario; cuerpos-territorios; agroindustria.

Abstract

Around food there are a series of social, cultural, economic and ecological relations mediated by capitalist organization, and materialized in the industrial production of agriculture. This has resulted in a number of socio-ecological problems, such as the development of increasingly strange and difficult-to-control viruses and bacteria, such as SARS-COV-2, the cause of the COVID-19 pandemic that has ravaged the world; and a health marked by a series of diseases

¹ Licenciada en Relaciones Internacionales por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM. Coordinadora de E-Learning en ENERYOU y tallerista en Alimentación. Líneas de investigación: agroecología, ecología política, ecofeminismos, feminismos populares. Correo electrónico: andreacortes@politicas.unam.mx

and disorders, related to the poor quality of food. In this text I will briefly explain how food has been organized by an socioecologically devastating system, whose impact on bodies and territories has intensified the effects of coronavirus. But it also seeks to show that there are other kinds of relationships around them, whose objective is emancipation through the push for a healthy and sustainable food regime.

Keywords: Capitalism; pandemic; coronavirus; Food Regimes; body-territories; agro-industry.

Resumo

Em torno dos alimentos existe uma série de relações sociais, culturais, econômicas e ecológicas mediadas pela organização capitalista, e materializadas na produção industrial da agricultura. Isto teve como consequência diversas problemáticas sócio-ecológicas, como o desenvolvimento de vírus e bactérias cada vez mais estranhos e difíceis de controlar, tal é o caso do SARS-COV-2 causador da pandemia de COVID-19 que tem assolado o mundo; e uma saúde marcada por uma série de doenças e distúrbios relacionados com a má qualidade dos alimentos. Neste artigo explica brevemente como os alimentos foram organizados por um sistema ecosocialmente devastador, cujas repercussões sobre os corpos e territórios aumentaram os efeitos do coronavírus. Mas também busca mostrar que existem outros tipos de relações em torno deles, cujo objetivo é a emancipação mediante a luta por uma alimentação sã e sustentável.

Palavras-chave: Capitalismo; pandemia; coronavirus; Regime Alimentar; corpos-territórios; agroindústria.

Introducción

La alimentación es una actividad básica en la vida de la mayoría de las personas, que se pasa por alto todo el entramado de relaciones a su alrededor. Esto es lo que, desde la perspectiva de la economía política se conoce como el *carácter de fetiche de las mercancías*.

En años recientes, la preocupación por saber qué se ingiere ha acaparado la atención de los consumidores, pero esta inquietud está más relacionada con la calidad nutricional de los productos, o la relación con el medio ambiente, sin preguntarse por su origen e impactos en un sentido verdaderamente holístico, que considere todas las relaciones necesarias para producir nuestros alimentos.

En la actualidad, estos temas han llamado la atención porque el supuesto origen de la pandemia de COVID-19 se ha ligado con la ingesta de un animal exótico. Aunque ello ha sido de sobra analizado, exponiendo que el verdadero origen se relaciona al modo en que se producen los alimentos

a escala planetaria, a través de la agroindustria, la *nueva normalidad* se ve muy normal.

Esto se debe en gran medida a que las investigaciones que pugnan por transformaciones en el Régimen Alimentario Mundial, cuyos impactos ecosociales han socavado las bases materiales y simbólicas de la reproducción bioclimática, siguen sin adquirir un carácter político que cambie las lógicas bajo las cuales se producen los alimentos.

Por ello, el presente trabajo pretende, primero, exponer cómo el capitalismo ha organizado los alimentos a través del agronegocio, cuyos costes ecosociales han generado que los efectos del *coronavirus* estén siendo tan cruentos. Después, se busca mostrar la reorganización agroindustrial acorde a la situación existente, bajo discursos en apariencia sustentables.

Para finalizar, se exponen brevemente dos ejemplos acerca de horizontes alternativos que luchan por una alimentación sana y sostenible, como un proyecto que busca generar otros modos de organización, en que el sostenimiento de la vida ocupe un lugar primordial.

Este texto se elabora bajo los postulados del ecomarxismo, los ecofeminismos y los feminismos populares, procurando demostrar cómo la alimentación es más que una simple acción para nutrir nuestros cuerpos, ya que engloba toda una serie de relaciones de opresión, pero también da las claves hacia horizontes emancipatorios.

1. Los alimentos organizados en el sistema mundo-moderno

La alimentación es una de las actividades indispensables para la reproducción y sostenimiento de la vida, no sólo en un sentido material, al proveer al cuerpo de la energía necesaria para llevar a cabo sus actividades diarias, sino también en un sentido simbólico, puesto que en torno a esta actividad se desarrollan una importante variedad de historias, cosmovisiones y memorias de diversas culturas, sociedades y naciones.

Acorde a la comprensión marxista de los alimentos, éstos forman parte de los medios de subsistencia y no de producción (Welty, 2014, 38), por lo que su único fin es saciar la necesidad fisiológica de los seres. Sin embargo, desde el comienzo de la época capitalista hace unos 500 años, la producción alimentaria ha estado supeditada a los intereses de la forma de organización que prima el capital sobre la vida.

El capitalismo, al ser entendido como un modo específico en intrínseca relación con la naturaleza, que ha estructurado las relaciones políticas, económicas, ecológicas e ideológicas entre seres humanos y extra-humanos (Moore, 2016, 146), ha generado la distorsión del sentido de subsistencia que proveen los alimentos. Siguiendo a Jorge Veraza, ello se debe a la mediación del capitalismo que por medio de una serie de procesos, herramientas y deseos de consumo ha generado un modo *peculiar* de alimentación (Veraza, 2007).

Este carácter peculiar se encuentra en la forma en que se consumen y producen nuestros alimentos, orquestados bajo los intereses de la cadena alimentaria agroindustrial definida por el Grupo de Acción sobre Erosión, Tecnología y Concentración –Grupo ETC– como:

...una secuencia lineal de eslabones que van desde los insumos para la producción hasta lo que se consume en los hogares. Estos eslabones son: genética vegetal y animal, agrotóxicos (plaguicidas y fertilizantes), medicina veterinaria, y maquinaria agrícola; transportación y almacenamiento, procesamiento, empaquetado, venta a granel, venta minorista y finalmente la entrega a los hogares o restaurantes (Grupo ETC, 2017).

Esta cadena ha sido propulsada desde sus inicios por la explotación agraria organizada como una industria, o lo que comúnmente se conoce como agroindustria. Ésta constituye la médula del Régimen Alimentario Mundial (RAM) contemporáneo, que en palabras de Harriet Friedman alude:

...al patrón particular de especialización y comercio en la economía mundial, un sistema en particular de poder en el cual se incluye un gobierno, cuyo Estado es dominante o hegemónico, tipos particulares de técnicas agropecuarias y ciertos cultivos, que lideran el cambio y el dinamismo del sistema y modelan su consumo (Friedman, 2014).

Por tanto, el RAM muestra los compromisos políticos y sociales de la agroindustria, mismos que pueden cuantificarse a partir de los impactos ecosociales que se derivan de ella (Friedman, 2005, 227). Ello deja ver que la comprensión de su dimensión, no debe desvincularse de la conformación histórica del capitalismo, como forma de organización.

Desde su arranque hasta la actualidad, la operación de la agroindustria se ha encargado de la conquista de los cuerpos-territorios de tal forma que ha organizado sus operaciones por medio de macroestructuras, para poder controlar *casi* todas las relaciones en torno a la alimentación. Así, el modo en que se dividen las operaciones agroindustriales está en manos de unas cuantas empresas que acaparan las semillas, los agrotóxicos, la maquinaria, el comercio de granos, el procesamiento de alimentos y bebidas y principalmente al mercado minorista (Mooney, 2019).

Ahora bien, al hablar de la conquista de los cuerpos-territorios me refiero a la forma en que se mercantificó la vida (Elmar, 2011, 77), a partir de la acumulación originaria, la cual puede ser entendida como el proceso histórico que separa los medios de producción, de quienes los manejan. Una vez logrado que *los hombres* fueran despojados de su tierra, entraron al mercado ofreciendo su mano de obra.

Esto permitió que se disociara la relación de *los hombres* con la tierra, pero también de sus vínculos entre sí y consigo mismos por medio del control de sus afectos. Esto se debe a que, al quitarles la tierra y convertirlos en trabajadores, también se rompió el lazo afectivo de pertenencia con ella (Giraldo, 2018).

Esto resultó aún más cruento hacia los cuerpos de las mujeres y otros seres feminizados, acordes a las lógicas del sistema de dominación patriarcal (Cabnal, 2010). Mientras que las mujeres fueron históricamente las guardianas de los saberes alrededor de los alimentos, con la operación agroindustrial se inhibe su papel al socavar las bases materiales y simbólicas de reproducción de la vida, tanto de los conocimientos en agricultura como las recetas culinarias y herbolarias, que las mujeres han salvaguardado.

Tales posicionamientos han sido encabezados por feministas populares, señalando que:

Recuperar el cuerpo para defenderlo del embate histórico estructural que atenta contra él, se vuelve una lucha cotidiana e indispensable, porque el territorio cuerpo, ha sido milenariamente un territorio en disputa por los patriarcados, para asegurar su sostenibilidad desde y sobre el cuerpo de las mujeres (*Idem*).

Organizados bajo el capitalismo y enraizados en el patriarcado, los alimentos al igual que los territorios y las corporeidades se mercantificaron, cuya expresión se manifiesta en el entramado agroindustrial. Así, la

alimentación ha cobrado un sentido muy diferente en la actualidad, atravesada por una serie de procesos industriales que los han vuelto insanos e insostenibles.

Ello se debe a que la agricultura industrial “es una actividad extensiva en términos de capital, trabajo y uso de recursos naturales” (Hernández, 2019), causante de un gran éxodo migratorio *irregular*, la patentación de semillas y vidas extrahumanas, y el monopolio de bienes comunes para la reproducción de la biosfera, como el suelo y el agua.

Tales procesos han sido adaptados acorde a los avances tecnológicos que, en lo que va del siglo XXI, han acaparado otras esferas de la vida, tal como las telecomunicaciones y todo lo referente a generación de inteligencia artificial. Esto ha tenido como consecuencia la creación de la llamada Agricultura 4.0, mediante la digitalización de los procesos que van desde la siembra y cuidado de ganado, hasta los de distribución y almacenamiento de los alimentos (Mooney, 2019).

La importancia de comprender las ideas antes presentadas permitirá explicar a continuación, la relación que guarda el control agroindustrial sobre los cuerpos-territorios con la generación de virus y bacterias, como el SARS-COV-2 causante de la pandemia de COVID-19, así como la necesidad de pugnar por un Sistema Agroalimentario Mundial sano y sostenible.

2. Alimentación ¿sana y sostenible? en tiempos de covid

La pandemia de *coronavirus* que ha azotado a todos los rincones del mundo, se encuentra asociada directamente con la concentración e industrialización de la forma en que se producen y comercian nuestros alimentos. Ello ha sido de sobra documentado, no tan sólo a partir de este evento, sino que había sido un tema bastante estudiado tanto por diversos organismos internacionales, centros de inteligencia y algunos gobiernos, como organizaciones y movimientos sociales (Cortés, 2020).

Los estragos ecosociales de la cadena alimentaria agroindustrial se refleja en el gran desperdicio energético –principalmente de combustibles fósiles– e hídricos, la deforestación y cambios de uso de suelo, que han minado las condiciones de habitabilidad planetaria (Grupo ETC, 2020).

A su vez, la relación entre el aumento de Gases de Efecto Invernadero (GEI) que ha provocado un permanente estado de emergencia climática,

con la agroindustria se explica en la alta emisión de los mismos hacia la atmósfera, estimados entre un 44% y el 57% (GRAIN, La Vía Campesina, 2014). Un gran porcentaje de éstos –entre el 15 y 18%– provienen de la deforestación para la siembra de monocultivos y la operación de granjas industriales, abriendo la posibilidad a la generación de virus y bacterias cuyas consecuencias son inciertas.

Lo único certero –hasta ahora– es que, de no transformar el RAM contemporáneo, la aparición de nuevas enfermedades será recurrente, impactando la vida de formas cada vez más devastadoras. Tal como ahora se percibe, los estragos socioeconómicos de la pandemia a nivel global, son aún más desoladores que los experimentados tras la Gran Depresión en 1929 (Saxe-Fernández, 2020).

Por otro lado, la deficiencia de la calidad de los productos alimentarios que actualmente se consumen, altamente procesados, calóricos y deficientes de nutrientes, puede ser cuantificable a partir de los trastornos alimentarios (gastritis, colitis, crohn) y alimenticios (bulimia, anorexia), y otras enfermedades crónico-degenerativas, así como diferentes tipos de cáncer y obesidad.

Esto ha tenido como consecuencia que el control de la pandemia se vea obstaculizado, y que una gran cantidad de muertes y complicaciones se relacionen con estas otras enfermedades, y no precisamente con el *coronavirus*.

Por consiguiente, la Organización Mundial de la Salud (OMS) que ha estado al frente del manejo de la situación, al lado de otros organismos como la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) y la Organización Mundial del Comercio (OMC) encargados del manejo alimentario, y otras instituciones relacionadas con el control económico y financiero como el Banco Mundial (BM) y el Fondo Monetario Internacional (FMI), se han dado a la tarea de emprender diferentes programas para contrarrestar la enfermedad.

La creación de una vacuna ha encabezado estos esfuerzos, pero también diferentes políticas que permitan el abastecimiento suficiente de alimentos durante la pandemia. Sin embargo, estas acciones han estado dirigidas a beneficiar al agronegocio y fortalecer el ram actual, mediante una serie de condonaciones fiscales e incentivos económicos a las grandes cadenas de supermercados y firmas agroindustriales, que en su conjunto encabezan el control alimentario (Cortés, 2020).

Cabe recalcar que los productos provenientes de la cadena alimentaria agroindustrial se comercian sobre todo en mercados y supermercados, cuyos beneficios económicos se destinan a un ínfimo grupo de empresas que controlan al mercado de productores y comerciantes mayoristas y minoristas. Por esta misma razón, uno de los miedos más constantes durante la pandemia, ha sido el desabasto de productos básicos, sobre todo dentro de las grandes ciudades.

Entre estos productos claramente aparecen los alimentos, omitiendo que su procedencia no viene específicamente de la cadena alimentaria agroindustrial, sino de la red alimentaria campesina que provee más del 70% de la alimentación global (Grupo ETC, 2017).

Las técnicas implementadas por la red campesina “nutren y utilizan entre nueve y más de cien veces la biodiversidad empleada por la cadena agroindustrial (variedades y especies de plantas, animales, peces y árboles)” (*Idem*). Además de que los rendimientos en calidad y cantidad son suficientes para sostener la vida, puesto que los alimentos derivados de la red se sujetan sobre todo en prácticas agroecológicas, que también contemplan otro tipo de relaciones socioeconómicas para su distribución.

Aun así, la reorganización capitalista en torno a los alimentos nos está llevando hacia lo que Harriet Friedman denomina como el régimen alimentario corporativo-ambiental –*corporate-environmental food regime*–, el cual aparentemente se preocupa por el medio ambiente, así como tiene interés en generar productos de gran calidad nutricional (Friedman, 2005).

Sin embargo, este tipo de RAM está mediado por un *capitalismo verde* “preocupado” por el medio ambiente. Esto es lo que se conoce también como *greenwashing*, el cual es un discurso que presenta a diferentes productos, instituciones, corporaciones e incluso procesos como sustentables, pero que en realidad mantienen relaciones de explotación capitalistas (Mahnkopf, 2018).

Con la diferente información presentada, sobre todo en medios de comunicación masiva, a lo largo de la pandemia se ha robustecido la idea de adquirir productos y alimentos “orgánicos”, como una manera de consumir responsablemente en relación al cuidado de la salud y del medio ambiente.

Los problemas en torno a esto son que se alude a un sentido de cambio individual y no estructural dentro de los propios márgenes del sistema. Ello se ha dado gracias a que las mismas empresas agroindustriales que controlan la alimentación, se encargan de otorgar a pequeñas empresas

a su cargo, “certificados que acreditan ante las y los consumidores la sustentabilidad, el carácter inocuo o incluso la relevancia de la mercancía para la política del desarrollo” (Hernández y Vázquez, 2019).

En adhesión, el alcance de los productos orgánicos se encuentra ligado con una homogeneización de los patrones y prácticas alimentarias, eliminando una rica herencia cultural no escrita, que a su vez invisibiliza a quienes durante años la han resguardado. Este tipo de productos ha contribuido precisamente a la plantación de monocultivos, destacando la soja, el amaranto y el aguacate, cuyo origen proviene de los territorios que hoy se conocen como América Latina, pero que se consumen principalmente en países centrales (Aguilar, 2020).

Otro punto importante de mencionar es que, con el confinamiento a nivel global como estrategia para aminorar los contagios por *coronavirus*, “las empresas –tanto las digitales como las de agroalimentación– tomaron nuevo impulso para afirmar que la digitalización de toda la cadena agroindustrial es la clave para superar la crisis” (Ribeiro, 2020).

A raíz del coronavirus, este tipo de avances ha sido fuertemente impulsado por las corporaciones tecnológicas que más se han beneficiado de la pandemia como Google, Amazon y Alibaba, pero también por las empresas que se dedican a través de sus diferentes aplicaciones, a repartir alimentos y otro tipo de productos, como Uber.

Bajo argumentos que señalan que la Agricultura 4.0 es una posibilidad para generar espacios libres de contagios, así como las compañías de entregas a domicilio coadyuvan a *aplanar la curva* de los mismos, se pasa por alto que en realidad ahondan las relaciones de explotación de las y los trabajadores que se dedican a estos sectores. Además, se deja a un lado la búsqueda de una transformación radical de la forma en que se socializan los alimentos.

Por eso es que estos horizontes no corresponden a una solución real que permita enfrentar nuevas enfermedades, ni mucho menos detenerlas. Así como tampoco corresponden a alternativas que aboguen por una alimentación sana y sostenible, aun cuando parecen serlo.

A pesar de estos argumentos es importante recalcar que paralelo a las acciones emprendidas por el capital, siempre han existido sociedades que resisten los embates contra las múltiples formas de vida, defendiendo los cuerpos-territorios. Aunque el capitalismo ha organizado la agricultura de forma industrial de tal manera que su control sea total, “este objetivo es más difícil de lo que parece, pues resulta prácticamente imposible acaparar

todas las tierras del orbe para transformarlas en uniformes plantaciones agroindustriales” (Giraldo, 2018).

Además, este tipo de propuestas generadas por el propio sistema, dejan en claro que no sólo se necesita de la transformación del RAM, sino de todo el entramado de organización ecosocial, en que la distribución y repartición de alimentos debe anclarse en formas diferentes de socialización con la naturaleza.

3. Horizontes en común

Vandana Shiva es una de las ecofeministas referentes de los movimientos en defensa de la vida, quien ha sostenido en diferentes entrevistas y publicaciones que reconocer las capacidades de la naturaleza y de las mujeres, introduce la posibilidad de que exista un sistema no violento de prosperidad y bienestar para todos. Esto es algo necesario para el futuro.

La pandemia de COVID-19 ha dejado ver que la forma de organización actual le ha declarado una guerra a la vida, de múltiples maneras y escalas a nivel global. Aun así, es en las periferias capitalistas y los deciles más bajos de la sociedad, en que el asedio sistémico es todavía más devastador, en que las resistencias apuntan claves para una transformación radical.

Una de estas claves es la pugna por una alimentación sana y sostenible, como una deuda histórica hacia los cuerpos-territorios. La organización de esta defensa, puede expresarse en el movimiento por el derecho a la soberanía alimentaria.

La soberanía alimentaria es el derecho de los pueblos, países o Uniones de Estados a decidir la forma en que producen sus alimentos sin mediaciones del mercado, teniendo la capacidad de definir sus políticas agrarias y alimentarias (La Vía Campesina, 2015). Esta lucha ha sido encabezada por la Vía Campesina, desde la década de 1990, quien ha acompañado a diferentes colectivos, proyectos autogestivos y experiencias comunitarias, así como defendido ante organismos internacionales que se cumpla y creen regulaciones para controlar al agronegocio.

Ante la reorganización capitalista en torno a los alimentos, durante el confinamiento también se crearon horizontes que ponen la vida al centro tal y como lo es el Pacto Ecosocial del Sur, que busca reunir a las diversas luchas urbanas y rurales. Esta iniciativa no sólo se avoca a defender la soberanía alimentaria, pero sí la considera una pieza clave en la búsqueda de

modos de vida sustentables, dignos y justos, reconociendo la importancia de las mujeres.

El Pacto Ecosocial del Sur tiene su epicentro en los múltiples territorios de América Latina y el Caribe, abierto al diálogo con otras latitudes de los centros y periferias capitalistas, que permitan compartir experiencias creativas y emancipatorias.

Además de este tipo de organización, durante la pandemia se afianzaron otros proyectos alrededor del mundo organizados bajo la idea de proteger a los sectores más vulnerables y, sobre todo, a las y los productores de alimentos provenientes del sector agrocampesino. De esta forma se han visibilizado en los espacios virtuales y presenciales, múltiples experiencias agroecológicas y redes de distribución alimentaria, evidenciando la posibilidad de otro tipo de organización afianzado en lo común.

Por ejemplo, en Ciudad de México, la defensa de los Humedales de Xochimilco y la zona chinampera frente al proyecto de construcción de la Autopista Urbana Oriente, demostró que la organización civil y barrial es capaz de frenar proyectos ecocidas. Aun en tiempos de encierro, la Coordinación de Pueblos y Barrios Originarios de las Colonias de Xochimilco (CPBOYCX) logró a través del uso de redes sociales con el #YoProtejoElHumedal, que el proyecto se detuviera, presionando al gobierno de dicha ciudad.

Además de poner al centro de la atención que este ecosistema es vital, se mostró cómo el sistema de producción alimentario chinampero logró proveer de alimentos suficientes a los vecinos que se vieron afectados por el cierre de actividades en los canales, lo cual ni siquiera el gobierno pudo manejar.

Otras muestras de organizaciones que se fortalecieron a partir de la pandemia, son múltiples iniciativas llamadas *Schoolyards* y *Kitchen's people*, dirigidas principalmente por migrantes, mujeres, comunidad afroamericana y *queer*. El objetivo principal de estos espacios, localizados sobre todo en California, Estados Unidos, es dotar de alimentos sanos y sostenibles a las infancias a partir de la enseñanza de su cultivo y recolección.

Con el coronavirus, las labores de este tipo de lugares se transformaron para aprovisionar de víveres a las personas más afectadas por los diferentes cierres laborales y escolares, así como de convertirse en un espacio de acogida hacia las personas migrantes y afrodescendientes que han perdido su trabajo en las plantaciones agroindustriales.²

² Para conocer más de estos proyectos deben visitarse las cuentas de Instagram de algunas de estos movimientos como @foodcorps, @edibleschoolyard y @peopleskitchen-collective.

Ambos ejemplos coinciden en la necesidad de tejer redes autogestivas, pero también de pugnar para que, mientras siga existiendo el Estado, los mecanismos y leyes que en la teoría abogan por diferentes medidas para garantizar alimentos de calidad como freno a la pandemia, sean llevados a cabo en el largo plazo, garantizando una vida digna.

Ahora bien, para poder accionar y articular con estas iniciativas, es fundamental comprender que en medio de las políticas para generar estilos de vida más saludables no es suficiente cambiar los hábitos de consumo o los productos alimentarios por otros con menor contenido calórico o de supuesto origen orgánico, sino exponer las relaciones que les rodean.

Por esta razón es importante accionar en este doble sentido, construyendo horizontes en común, y también exigiendo un control al agronegocio. Al entender que no hay vacunas o medicamentos suficientes, sino que debe transformarse el RAM y con ello la organización socioeconómica, nos permitirá generar proyectos mejor articulados y con un sentido que comprenda que la alimentación no es algo aislado de la protección ambiental.

Algunas reflexiones finales

Para seguir construyendo horizontes alternos frente a la forma en que nuestros alimentos están organizados, considero fundamental comprender qué estamos comiendo. Este tema ha sido atravesado por la preocupación de comer sanamente, pero si se explica de forma clara que nuestros alimentos son mucho más ello, podríamos articularnos de maneras todavía más críticas y conscientes.

Esto obligadamente conlleva una introspección que en nuestros tiempos es difícilmente experimentada. ¿Qué comemos? ¿Por qué lo hacemos? ¿Nos gusta lo que comemos y por qué? A lo que se debería agregar: ¿Quiénes producen esos alimentos? ¿Cómo llegan hasta el lugar donde los consumimos?

Abrir el espacio a este tipo de preguntas, nos permite comprender que la decisión de alimentarnos de una u otra forma está mediada por un entramado de relaciones sociopolíticas, económicas y ecológicas que desconocemos.

Por ello, luchar por una alimentación sana y sostenible es la apuesta por obtener alimentos sin los procesos eco devastadores generados por

la agroindustria, y también por recuperar los conocimientos acerca de los alimentos locales, sus usos y costumbres en un sentido sociocultural.

Y, sobre todo, es la posibilidad de obtener nuestra libertad, recuperando la capacidad de habitar nuestros cuerpos-territorios de manera que las pandemias no se vuelvan la nueva normalidad. Finalmente, conocer el origen y contexto de nuestros alimentos, permite emprender acciones más creativas frente al embate capitalista y con ello, poner la vida al centro.

Bibliografía

- Cabnal, Lorena. 2010. *Feminismos diversos: el feminismo comunitario*, España: ACSUR/Las Segovias.
- Giraldo, Omar Felipe. 2018. *Ecología política de la agricultura. Agroecología y posdesarrollo*, México: El Colegio de la Frontera Sur.
- Grupo ETC. 2017. *¿Quién nos alimentará? ¿La red campesina alimentaria o la cadena agroindustrial?*, México: Grupo ETC.
- Hernández, Angélica, Carla, Vázquez (ed.). 2019. *Atlas de la agroindustria 2019*, México: Heinrich Böll Stiftung Ciudad de México.
- Mooney, Pat. 2019. *La insostenible Agricultura 4.0*, Ciudad de México: Grupo ETC.
- Veraza, Jorge. 2007. *Los peligros de comer en el capitalismo*, México: Itaca.

Capítulos de libros

- Mahnkopf, Birgit. 2018. Problemas y contradicciones del capitalismo verde. En *Sociología política del Colapso Climático Antropogénico. Capitalismo fósil, explotación de combustibles fósiles no convencionales y geopolítica de la energía*, John Saxe-Fernández (coord.), México: CEIICH-UNAM.

Revistas

- Aguilar Gil, Yásnaya. 2020. "Comida, bebida y productos ingeribles", *El País*, México: El País.
- Cortés, Andrea. 2020. "Construir el futuro en colectivo: una reflexión sobre el COVID-19 en torno a la cadena alimentaria agroindustrial y su relación

- ecosocial”, *E-Work de Primavera de la FCPYS*, México: Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM, disponible en: e-Working Papers Primavera 2020 (consultado el 11 de agosto de 2020).
- Friedmann, Harriet. 2005. “From colonialism to Green Capitalism: social movements and emergence of food regimes”, *New Directions in the Sociology of Global Development*, vol. 11, 227-264, Canadá: Emerald Group Publishing.
- Friedmann, Harriet. 2014. *Food regimes and their transformation*, disponible en: <https://cutt.ly/HydpDGi>, (consulta 28 de julio de 2020).
- GRAIN y La Vía Campesina. 2014. *Food sovereignty: five steps to cool the planet and feed its people*, disponible en: <https://grain.org/article/entries/5102-food-sovereignty-five-steps-to-cool-the-planet-and-feed-its-people> (consulta: 16 de julio de 2020).
- La Vía Campesina. 2015. “¿Qué es la soberanía alimentaria?”, en *Comer es rebeldía: recuperar la capacidad autónoma de comer. Compilación de textos sobre soberanía alimentaria*, Cooperativa Autónoma de Convivencia y Aprendizaje de Oaxaca, Oaxaca: El Rebozo Palapa Editorial.
- Moore, Jason W. 2016. “El fin de la naturaleza barata: o cómo aprendí a dejar de preocuparme por ‘el’ medioambiente y amar la crisis del capitalismo”, *Relaciones Internacionales*, núm. 33, 143-176, Madrid: Universidad Autónoma de Madrid-GERI.
- Ribeiro, Silvia. 2020. *¿Comida digital? No, gracias*, Argentina: Sin permiso.
- Saxe-Fernández, John. 2020. “EU ¿bajo asedio de Trump?”, *La Jornada*, México.
- Welty, Gordon. 2014. “Los alimentos como medios de producción: crítica a la teoría de la reproducción social de Gerald A. Cohen”, *Mundo Siglo XXI*, vol. x, núm. 34, 37-48, México: CIECAS-IPN.